

Segunda Parte - Experiencias, insurgencias y emergencias del
patrimonio inmaterial en el Ecuador
Corazonando la cultura, el patrimonio y la memoria

Patricio Guerrero Arias

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

GUERRERO ARIAS, P. Corazonando la cultura, el patrimonio y la memoria. In.: CARBONELL YONFÁ, E., coord. *Patrimonio inmaterial en el Ecuador: una construcción colectiva* [online]. Quito: Editorial Abya-Yala, 2020, pp. 165-208. ISBN: 978-9978-10-507-8.
<https://doi.org/10.7476/9789978106228.0018>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).



Corazonando la cultura, el patrimonio y la memoria

Patricio Guerrero Arias
eguerreiro@ups.edu.ec

Resumen

La cultura, la identidad, la memoria, el patrimonio, son herencias sociales, construcciones social e históricamente situadas que le dan a los individuos referentes de sentido para su ser, estar, hacer, decir y actuar en el mundo y la vida. Sin embargo, de ello, los abordajes que se hacen de estos, tienen una visión cognitiva, instrumental, necrofilizante, que es lo que justamente busca cuestionar este trabajo, para mirarlos como escenarios de lucha de sentido y analizar los procesos de usurpación e insurgencia simbólica que se dan en torno a los mismos y que está siendo llevados adelante por diversidad de actoras y actores sociales. De ahí que este trabajo busca corazonar, es decir, desde una sensibilidad reflexiva y desde una reflexibilidad sintiente, conversar sobre las dimensiones teóricas, éticas y políticas del patrimonio, analizar la memoria como Chakana del tiempo, conversar sobre la pluriléctica de la construcción social de la memoria y el olvido y sus dimensiones afectivas, señalar el horizonte de las memorias vivas, y desde una ejemplificación sustentada en el trabajo de campo, corazonar el proceso de usurpación simbólica, racialización y perversidad simbólica de la “regeneración” y activación del patrimonio, así como también mirar la experiencia de la FEPTCE y el turismo comunitario como expresión de insurgen-

cia simbólica; y finalmente, corazonamos algunas propuestas para trabajar en una gestión intercultural del patrimonio.

Palabras clave

Patrimonio, cultura, memorias vivas, corazonar, insurgencia simbólica, usurpación simbólica.

Corazonamientos de entrada

Cuentan que en los principios del tiempo, andando por esos trajinados caminos de la existencia, se encontraron en la plaza de un viejo pueblo, la memoria, la vanidad, la arrogancia y el orgullo. Se acercaron a una multitud de gente que discutía sobre un asunto que había pasado hace ya algún tiempo.

La memoria, que para eso está, como andariega del tiempo, se ofreció para constarles como habían pasado las cosas, recurriendo a la ayuda de los recuerdos y los olvidos, que siempre le han estado acompañando.

La vanidad, vanidosa como siempre, salió al paso y dijo que no había sido así. - Estás muy equivocada, porque no sucedió de esa manera, sucedió de esta.

La memoria llena de paciencia, insistió;

- No, no es así, sino como les he dicho, pues lo recuerdo perfectamente.
- La vanidad que estaba por ser vencida, pidió ayuda a sus inseparables amigas, la arrogancia y el orgullo, que en coro defendieron a la vanidad.
- No, no es cierto lo que dice la memoria, -dijo todo arrogante la arrogancia.
- Así es -dijo orgullosa el orgullo, al ver que la gente les estaba prestando más atención, y que la memoria estaba en desventaja.

Y así, la memoria, a pesar de que les decía que aprendan a recordar, es decir a dejar pasar por el corazón lo vivido, no estaba siendo escuchada y se enfrentó sola a la fría racionalidad de la vani-

dad, la arrogancia y el orgullo, que actuaban como una sola para derrotarla.

Así, la discusión continuó por un buen rato, hasta que la memoria, cansada de argumentar y no ser escuchada se dio cuenta de que todo era inútil, frente a la arrogancia y el orgullo de la vanidad.

Desde entonces, el ser humano dejó de confiar en lo que le dice la memoria, de escuchar a su corazón para revivir sus recuerdos y sus olvidos, para aprender de ellos y no repetir sus errores, y prefirió en cambio, dar a la razón todo el poder para que conduzca su vida, y, por cierto, a lo que, a su vanidad, a su arrogancia y a su orgullo les resulte más conveniente.

Nuestras abuelas y abuelos Amawtas suelen decir que solo los árboles que tienen sus raíces bien fundidas en la tierra son los únicos que sobreviven al paso del tiempo, que pueden soportar los vendavales y las tempestades, son lo que nos abrazan y cobijan entre sus ramas, y sobre todo son los que siempre están creciendo hacia la luz. En consecuencia, con esto, así como los árboles no pueden crecer sin raíces, los pueblos también necesitan de raíces sólidas en las cuales afirmarse, y es ahí cuando la cultura, la memoria, el patrimonio, desempeñan un rol vital, pues son las raíces que nos han permitido llegar a ser lo que nos hemos construido como pueblo.

Sin embargo de ello, en el trabajo cultural y patrimonial, aún se mantiene vigente, una mirada cognitiva y civilizadora de la cultura, que la reduce únicamente al uni-verso de lo letrado y las bellas artes. Igualmente, seguimos reproduciendo una perspectiva necrofizante del patrimonio que lo ve solo ligado a un pasado muerto y fosilizado, que prioriza las dimensiones materiales, y da más importancia a los objetos, los monumentos y los museos, que a los actores sociales que los construyen, y a los cosmos de sentido que tejen en su vida cotidiana y hacen posible la cultura.

Esta perspectiva hegemónica ve a la cultura, el patrimonio, la memoria desde visiones esencialistas, como algo dado, como esencias de las cosas que deben ser rescatadas; no mira que estas son construcciones social e históricamente situadas, que están, por tanto, atravesadas por relaciones de poder.

Lo que se propone en este trabajo es una ruptura con las miradas cognitivas, esencialistas hegemónicas sobre la cultura, el patrimonio y la memoria, para corazonarlas, es decir para hacer un



ejercicio de sensibilidad reflexiva y de reflexividad sintiente, que nos permita pensar desde el corazón y desde perspectivas irradiantes y políticas, lo que implica, mirarlas como escenarios de lucha de sentido por el control de los significados, y debatir la incuestionable presencia del poder, en torno al análisis de dos procesos: el de usurpación simbólica, y el de insurgencia simbólica.

Una aproximación al patrimonio

En su acepción más sencilla, el patrimonio hace referencia al legado que recibimos de nuestro padre (*pater*) en calidad de herencia y que nosotros transmitiremos a nuestra descendencia. Así como hay una herencia individual, hay una herencia social, una herencia colectiva a través de la cual todas las sociedades construyen la pluri-diversidad¹ de significados simbólicos de sentido, sobre su pasado, su presente y como sueñan el porvenir (Guerrero, 2004a, p. 44).

A nivel social y cultural, el patrimonio es igualmente ese legado material, natural, espiritual, simbólico que una generación recibe de sus ancestros (Duclos en Prats, 1997, p. 8), a fin de que se continúe en ella y a partir de dicha herencia pueda seguir tejiendo la vida. Al ser el patrimonio una construcción cultural, es decir una construcción simbólica de sentido, implica que ofrece a las sociedades significantes, significados y significaciones, sobre los cuales se construyen los diversos imaginarios y representaciones, los diversos discursos, y las diversas prácticas sociales, que le permiten a las sociedades el construir el sentido de su ser, sentir, decir, estar y hacer en el mundo y la vida.

El patrimonio es una construcción social (Prats, 1997, p. 19) y cultural lo que implica que no es algo arbitrario que pertenece al orden de la naturaleza, sino que es una construcción de sentido social e históricamente situada y construida por sujetos concretos en respuestas a determinados procesos históricos que esas sociedades y

1 Ante la noción de uni-verso propia de la racionalización de Occidente, que tiene un claro sentido homogeneizador y monocultural, en nombre del cual se nos ha impuesto una sola forma lineal de ver el mundo; para las sabidurías de los pueblos originarios, la vida se expresa en la riqueza de su diversidad y diferencia, es por ello que antepone la noción de multiverso, de pluriverso o de bioverso, que hace referencia al sentido, multi, plural y diverso de la realidad y la vida.

esos sujetos viven. El patrimonio como construcción socio-cultural hace referencia al conjunto de pluriversos simbólicos que permiten a una colectividad reconocerse en ellos y tejer los lazos de adscripción que configuran los escenarios de pertenencia y diferencia en los que se sostienen sus identidades, de ahí porqué el patrimonio está siendo considerado un eje vital en el proceso de construcción de las identidades colectivas.

Si el patrimonio transmite cultura, es decir significados simbólicos de sentido, entonces tiene una fuerza vital profunda y por tanto no puede ser reducido únicamente a sus dimensiones materiales, pues generalmente se comete el equívoco de creer que el patrimonio solo se reduce a las “restos arqueológicos” a los “objetos” muertos que se encuentran encerrados en las frías vitrinas de los museos, o a las edificaciones antiguas de las ciudades y poblados. Esta visión necrofilizante, reduccionista y cognitiva del patrimonio, se olvida de la importancia del patrimonio espiritual, pero sobre todo, del patrimonio humano vivo, pues no se ve, que el mayor patrimonio son los actores sociales que cotidianamente tejen el sentido de la existencia de mano de la cultura, y con ella van dando significados y significaciones a sus construcciones materiales y espirituales para poder habitar esta porción de multiverso que es nuestro planeta.

La memoria como chakana del tiempo

La dimensión temporal es vital para la vida social; por ello, es importante mirar el juego multiléctico² que se da entre memoria, presente y pasado en la construcción del patrimonio. La noción de patrimonio está asociada a la de paso del tiempo. Se empieza a valorar la memoria en cierto momento de la vida individual, lo que hace que se otorgue a los significantes del pasado, significados y significación, como referentes de un tiempo significativo que queremos revivir y preservar en la memoria, para que dé sentido al cómo vivimos el presente y a cómo soñamos el futuro (Guerrero, 2010, p. 320).

2 La dialéctica es un pilar que sostiene el pensamiento occidental, para las sabidurías de los pueblos originarios de Abya Yala, la vida se expresa en la riqueza de la diversidad y la diferencia por eso no hablamos solo de dialéctica, sino de pluriléctica, de múltiléctica.

Lo mismo sucede con las sociedades, estas se construyen a través del patrimonio, el sentido de su memoria colectiva, entendida como el acumulado social de la existencia de una sociedad, que le ha permitido llegar a “ser” lo que se ha construido como pueblo.

Cuando hablamos del patrimonio, es importante no olvidar la profunda historicidad que lo habita, pues el patrimonio es una puerta de entrada a la historia, es la historia materializada, lo que no implica creer, que el patrimonio solo se reduce a la materialidad de las cosas, está formado por bienes culturales, no objetos, ni restos, pero sobre todo, hay que empezar a mirar, las dimensiones humanas, espirituales, políticas y por supuesto materiales y simbólicas que habitan en el patrimonio y que pertenecen al paso del tiempo, que son una materialización de la historia; y por otro, tampoco implica hablar de una temporalidad que solo se refiere al pasado, sino que el patrimonio es herencia y memoria, es *chakana* del tiempo, es decir puente entre el pasado, el presente y el porvenir; pues en el patrimonio se evidencian las huellas de un pasado (*tiempo*), materializadas en un lugar (*espacio*) concreto en el que se avizora un *sentido* para vivir el presente y construir y soñar el futuro; por eso el patrimonio es herencia y memoria que servirá de porvenir. (p. 321)

La construcción social de la memoria, del recuerdo y el olvido, solo es posible en el presente, pues es en el presente en donde habitan todos los pasados, y es allí donde todos los futuros imaginados pueden ser posibles. Construimos constantemente el pasado mediante nuestros imaginarios, discursos y prácticas sociales, mediante nuestra memoria, nuestros recuerdos y olvidos, según nuestros intereses en el presente. Allí se opera una selección de aquello que es oportuno recordar u olvidar.

El pasado es un constructo social, pues cada vez que hacemos memoria, lo estamos creando y recreando, de ahí la necesidad de ver la construcción social de la memoria como un proceso cargado de una profunda historicidad, es un proceso dinámico marcado por el conflicto en el que se expresan formas de lucha por el control de los significados. Por ello, es necesario hacer una historia social o cultural del recuerdo y del olvido, pues la memoria es un fenómeno histórico. La memoria es selectiva se recuerda lo que es significativo. Es necesario preguntarse a través de qué mecanismos, de qué artefactos se transmite la memoria, comprender los usos sociales de la memoria, cómo se usan el recuerdo y el olvido, cómo se dan las interpretaciones del

pasado, donde actúan las comunidades interpretativas, las comunidades de la memoria, porque el poder quiere que recordemos unas cosas y que olvidemos otras y porqué razones; esto solo puede proceder de la vida social, de ahí que la adecuación de la memoria, solo es posible en la dinámica y el conflicto social. En consecuencia para analizar los usos sociales del olvido, cómo se construye la amnesia social, se tiene que considerar necesariamente la cuestión del poder y su ejercicio, pues la memoria y el olvido tiene que ver con reglas de supresión, de exclusión que operan en la sociedad, pues la memoria no está al margen del poder; la amnesia social es una construcción del poder para que nos olvidemos del pasado significativo para el proyecto histórico de los sectores subalternizados, y recordemos solo aquello que necesita el poder para su legitimación.

Por ello, dado que el patrimonio es concebido desde la memoria y la identidad, bien vale que nos preguntemos ¿Quién define la identidad? ¿Qué tipo de memoria se construye? ¿Existe una memoria legítima, la del poder y otras que no lo son? ¿Existe una memoria hegemónica que excluye otras memorias subalternizadas? ¿Quiénes, por qué y para qué nos dicen que está prohibido olvidar?

El pasado hace nacer la memoria, pero no desaparece en el presente, el pasado sigue vivo en la memoria, esta es la materialidad del pasado, así como en sus cosmos de sentido de sus representaciones e imaginarios. Es un proceso que transforma ese pasado en el presente para darle posibilidades políticas, pues cuando hacemos memoria le proporcionamos un sentido al pasado para poder actuar y transformar el presente y soñar el futuro.

El patrimonio al ser una herencia cultural colectiva, no es algo dado, sino que es un producto histórico concreto, pues no puede construirse por fuera ni por encima de la multiléctica socio histórica; ninguna construcción cultural de la humanidad, y por lo tanto el patrimonio, deja de estar atravesada por la historicidad, puesto que algo llega a ser considerado un bien patrimonial y es reactivado de acuerdo a determinadas condiciones socio históricas. Hoy, cuando la modernidad, la globalización, la era de la virtualización de la realidad, de una civilización de lo efímero, arrasan con el pasado y la memoria, el patrimonio nos permite mantener viva la memoria colectiva, es por ello que a mayor conciencia de esa historicidad, mayor interés y necesidad de conservar y revitalizar el patrimonio



como ese legado histórico y cultural, para la reafirmación de nuestra memoria histórica.

Es por ello que ahora la preservación del patrimonio, se ha convertido en uno de los discursos y praxis más demandadas por la sociedad que busca la preservación de todo aquel legado natural y cultural cuya desaparición pondría en riesgo no solo su identidad, sino también su perspectiva de vida presente y futura.

La pluriléctica de la construcción social de la memoria y el olvido

La memoria no es como se la ha querido asociar a la metáfora de la bodega, del desván de los recuerdos donde estos se acumulan y se guardan como cosas que uno toma cuando quiere, los limpia y usa, esto implica ver los recuerdos como materiales inertes, esta mirada cosifica la memoria; no mira que la memoria es un fenómeno social colectivo, puesto que también los recuerdos son construidos social e históricamente, que son plurilécticos y se van transformando y cambiando constantemente.

Es importante no olvidar que la cultura y la memoria, no son sustancias, esencias suprahistóricas, sino construcciones social e históricamente situadas. Al hablar del carácter social y “construido” de la cultura y la memoria, no estamos diciendo que sean una invención arbitraria o artificial, sino que son el producto de concretas praxis y acciones sociales.

La memoria no es un epifenómeno natural, sino que es una construcción constitutiva de la estructura social. La memoria emerge de la praxis social y cultural y por ello está indisolublemente vinculada con la identidad, es una especie de cemento social que refuerza la identidad. Cultura, identidad y memoria son constructos relacionales, que solo pueden ser construidas como actos de alteridad, incluso las memorias individuales tienen que ser vistas como construcciones sociales, pues toda memoria individual es inevitablemente social.

Dentro del patrimonio como construcción de la cultura la memoria hunde sus raíces para construir los sentidos del pasado, del presente y del porvenir, es por ello que podríamos decir parafraseando a Hallbwach (citado en Vázquez, 2001, p. 125) que no existe memoria sin cultura, pero que tampoco existe cultura sin memoria, puesto que las dos son constitutivas de la vida social; la memoria es

un fenómeno social colectivo que tiene un profundo sentido político, se toma el pasado para transformar el presente y construirse perspectivas para el porvenir, según sea el horizonte político, histórico o de vida de quienes lo hagan. Por ello trabajar con la memoria resulta necesario para quienes quieren reafirmar el poder, como para aquellos que lo impugnan; las construcciones patrimoniales —como conversaremos después— se han vuelto lugares de la memoria, escenarios de lucha de sentidos, que por un lado se busca revitalizarla desde los sectores subalternizados, y por otro se la pretende usurpar, instrumentalizar desde los sectores hegemónicos, que pretenden la domesticación y la usurpación de las memorias populares y construir otra memoria social, para legitimar su hegemonía.

Corazonando la dimensión afectiva de la memoria

Ya las antiguas sabidurías del corazón de los pueblos de *Abya Yala*³ anunciaban la llegada de un tiempo en el que empezaría a “amanecer en mitad de las tinieblas”, tiempos de *Pachakutik* que generará profundas transformaciones cósmicas y espirituales, del espacio, del tiempo, pero sobre todo del sentido de la existencia.

También las ancestrales profecías anunciaban que llegará un tiempo, en el que el cóndor que es el símbolo del corazón y representa a los pueblos del Sur, deberá volar junto con el águila que simboliza la razón de los pueblos del Norte, pues solo cuando el corazón y la razón, cuando el cóndor y el águila alcen su vuelo por el mismo cielo, la humanidad encontrará posibilidades para sanar su vida; las ancestrales profecías anunciaban entonces los tiempos del *corazonar*.

Una de las cuestiones más perversas que la modernidad occidental —sustentada en la hegemonía de la razón, es que siempre negó la dimensión afectiva que tiene la vida y la memoria; Occidente

3 *Abya Yala* nombre que los pueblos Kunas dieron a nuestro continente y que significa: *Tierra en plena madurez, Tierra en pleno florecimiento, Tierra de todas las sangres*; esta última denota ya un sentido intercultural, un reconocimiento de la diversidad que ha caracterizado nuestras realidades desde tiempos muy tempranos, y que hoy está siendo tomada como lugar de enunciación y lucha por los pueblos originarios de todo el continente.

en nombre de la irracionalidad de la razón, del “pienso luego existo” cartesiano, constituye una visión fragmentada de la condición humana, al definirnos como seres meramente racionales, mientras que desde las sabidurías insurgentes, o sabidurías del corazón y la existencia como la Secoya nos enseñan que, “somos estrellas con corazón y con conciencia” es decir que nuestra condición de humanidad se constituye no solo desde la frialdad de una razón sin alma, sino desde la profundidad y el calor del corazón, y por supuesto, también de la razón. De ahí, hemos venido planteando la necesidad de empezar a corazonar no solo la memoria, sino la vida.

Corazonar implica, recuperar la dimensión de totalidad de nuestra humanidad, al sabernos que somos no solo el frío sujeto cartesiano con una razón sin alma, sino que somos además afectividades actuantes; corazonar es desplazar la hegemonía de la razón, para poner primero el corazón, que es la fuerza desde la cual toda la humanidad ha tejido la vida, pero sin que eso implique negar la razón; corazonar busca nutrir de afectividad, de ternura a la inteligencia, es decir, abrir espacios para sentipensar la vida, hace posible sembrar una sensibilidad reflexiva y una flexibilidad sintiente desde la cual podemos desde el corazón pensar temas vitales como el patrimonio, o la cultura, la memoria. Es por ello que cuando se habla de la memoria, no se puede dejar a un lado la dimensión afectiva que esta tiene, pues como dice la sabiduría Nasa: “se recuerda desde el corazón”; de igual forma para la nacionalidad Zápara el corazón es el lugar donde habita la memoria.

Trabajar en la revitalización de la memoria, para que esta siga iluminando nuestros pasos y caminos, para poder saber quiénes hemos sido, quiénes somos y quiénes queremos seguir siendo, para que nos permita mirar por dónde hemos transitado, para que ilumine pasados vividos, presentes que se van de prisa, y nos muestren horizontes de futuro por donde debemos seguir luchando y caminando, es un acto espiritual y político que nos permite corazonar la vida; es decir hablar desde la fuerza del corazón, de ahí que es importante no olvidar que incluso etimológicamente recordar viene del latín *re-cuore*, que significa, “volver a pasar por el corazón”, es por ello que los recuerdos y olvidos de la espiral del tiempo, se transitan mejor desde el sentimiento.

Entonces, cuando nos referimos a la memoria no podemos olvidar que se recuerda desde el corazón. Esto es importante tener

presente, porque cuando se tiende a teorizar sobre la memoria se hace una construcción muy racional de la misma, dejando a un lado el papel que el corazón y las emociones tienen en ella.

Es importante no olvidar las dimensiones de la afectividad en la construcción del pasado. La memoria es una construcción social de significado, pues si bien existe memoria, eso no implica que recordemos todo el pasado, sino que solo se recuerda aquello que resulta significativo para la vida individual o colectiva, hay memorias, pero también hay silencios y olvidos; de ahí la importancia de la afectividad en la construcción social de la memoria, para poder corazonar el recuerdo y el olvido, que explicaría por qué unas cosas importan a la gente y otras no, por qué se recuerdan unos hechos y se olvidan otros. Puesto que los recuerdos y olvidos son tejidos desde el corazón, se hace necesario corazonar la memoria, para que se exprese la afectividad del corazón que nos lleva a sentir esos recuerdos, como también la fuerza de la razón, que permite analizar esas vivencias, para que no olvidemos los caminos recorridos en el vivir, ya que, como nos enseña el Viejo Antonio. “Cuando no se sabe dónde ir, es necesario mirar atrás”. La memoria, por tanto, al decir de Todorov (citado en Vázquez, 2001, p. 120) sería responsable no solo de nuestras convicciones sino también de nuestros sentimientos.

La dimensión política del patrimonio como lugar de la memoria

Hay que ver el patrimonio como un lugar de la memoria; cualquier entidad material o inmaterial que hace posible la producción simbólica de significados, es un lugar de la memoria. La memoria se construye y deconstruye a través de diversas prácticas sociales, discursos y rituales, conmemoraciones que construyen múltiples formas de recuerdos y olvidos. Existen lugares de la memoria convertidos en los objetos patrimoniales tradicionales como los sitios arqueológicos, las edificaciones, los archivos, museos, bibliotecas, panteones sitios de conmemoración. La memoria es un material maleable sujeto a una pluriléctica entre el recuerdo y el olvido, pero que es inconsciente de esa característica y de los cambios que sufre en el tiempo. Historia y memoria conviven en continua tensión, hay una relación en la cual la memoria termina absorbida por la historia y la historia alimenta nuevas memorias.

La dimensión política de la memoria se evidencia en el hecho de que la construcción, mantenimiento, reproducción o desestructuración y transformación del orden social, están íntimamente relacionadas con la memoria y el olvido. A través de la memoria se pueden reproducir las relaciones de poder que legitiman el orden dominante, pues como dice Middleton (citado en Vázquez, 2001, pp. 129-130): “quien controla el pasado no solo que controla el futuro, sino que controla quienes somos”, pues la memoria es vital para la construcción de las identidades colectivas y para su manipulación; de ahí por qué el carácter ritual de las conmemoraciones que la nación hace constantemente para la reproducción y legitimación de su hegemonía, ya que la institucionalización preserva la continuidad social a través de la conmemoración, pues cuando algo se encuentra legitimado, se vuelve referente de verdad, impone una visión sobre cómo las cosas han sucedido y cómo deben suceder, ahí se explica su sentido ideologizado, instrumental para la domesticación, usurpación y mercantilización de la memoria, del recuerdo y el olvido y para la preservación del poder.

Pero es también a través de la memoria como dichas relaciones de poder pueden ser subvertidas, de ahí la necesidad de considerar la dimensión insurgente que tienen la cultura y la memoria; eso explica por qué están siendo faros de las luchas presentes de las diversidades sociales para la materialización de sus horizontes de futuro. La memoria a la que apunta la historia y que a su vez la alimenta, busca revitalizar el pasado para servir al presente y para poder imaginar futuros otros,⁴ diferentes a un pasado y presente cargados de dominación y de injusticia; la memoria debe ser por ello un instrumento insurgente que sirva, no para la dominación de las sociedades, sino para su plena liberación.

Es importante trabajar en la democratización de la memoria social, lo que implica trabajar no solo en la recuperación de la

4 La noción de “pensamiento otro”, viene del árabe-islámico Abdelkebir Khatibi, que plantea la necesidad no de otro pensamiento, sino de un pensamiento “otro”, un pensamiento que emerge desde los actores subalternizados por el poder y que radicaliza la diferencia en perspectivas insurgentes de liberación; lo que implica una estrategia radical otra, para la lucha por la decolonización, vista esta, no solo como un asunto epistémico y político, sino fundamentalmente de existencia.

memoria patriarcal que reivindica solo a “los grandes hombres”, ni la de los grandes acontecimientos, sino en la revitalización de la memoria de las mujeres y hombres comunes, recuperar una polifonía de memorias populares, colectivas, para que nos hablen desde la contemporaneidad de los actores que la construyen y así recuperen el locus no solo de enunciación que el poder ha querido silenciar, sino el locus de denuncia (Gómez) para que hablen las otras memorias que están en los intersticios del poder, las memorias subalternizadas, las de la vida cotidiana, las que hacen crecer la vida.

Patrimonio y memorias vivas

Es importante no olvidar que las instituciones oficiales y privadas que trabajan desde una visión cognitiva, letrada de la cultura y buscan el “rescate” del patrimonio y la memoria oficial, continúan reproduciendo —como hemos venido insistiendo— una perspectiva necrofilizante de estas, pues priorizan las cosas muertas sobre los seres humanos vivos, ya que ven al patrimonio y la memoria solo ligadas a un pasado fosilizado, que privilegia únicamente sus dimensiones materiales, pues creen que el patrimonio solo tiene que ver con los “restos arqueológicos”, con los monumentos, con los “objetos”, que se encuentran encerrados en las frías vitrinas de los museos, o a las edificaciones antiguas. Esta visión necrófila, reduccionista y cognitiva del patrimonio y la memoria, se olvida de la importancia del patrimonio espiritual, pero sobre todo, del patrimonio humano vivo, de las memorias vivas, de los actores sociales que lo construyen, y de los horizontes de sentido que tejen en su vida cotidiana.

Es por ello que consideramos importante no olvidar ya que hablamos de memoria, que debemos empezar a reconocer la existencia no solo de *lugares de la memoria*, ligados a la materialidad de los objetos, sino que es más importante empezar a reconocer la existencia no solo de lugares muertos de la memoria, sino que también están las y los actores subalternizados, vitales de la memoria, de las memorias vivas, es decir, de las y los sujetos concretos que desde la cotidianidad de sus vidas van hilando recuerdos y olvidos con los que tejen las tramas del sentido del vivir, de multiplicidad de memorias insurgentes; pues no podemos olvidar que no son las cosas las que construyen la memoria, son los actores sociales los que, por encima de las cosas y con ellas, dan significado al recuerdo y al olvido.



Frente a esa visión necrofilizante oficial del patrimonio y la memoria que nos impone el poder, es necesario caminar por los lugares de las memorias vivas en los que crecimos, soñamos, nos enamoramos, pero sobre todo luchamos para que la vida sea diferente, lugares de memoria que nos despiertan a diversidad de sensaciones y emociones que disparan la memoria de texturas, olores, sabores, sentires, decires, con los que está tejida la vida.

Por ello se hace necesario corazonar el trabajo patrimonial y con la memoria, para poder comprender que el primer y mayor patrimonio fundante de todos los demás es la vida, y que ésta es el bien supremo que debe ser continuamente revitalizado, y que por ello mismo, un patrimonio que no puede ser olvidado, son también las y los actores sociales vitales que cotidianamente tejen el sentido de la existencia de mano de la cultura. Es por eso que como una forma de ir sanando las heridas dejadas por una memoria colonizada, se hace necesario empezar a considerar como parte del patrimonio cultural e histórico y de las memorias vivas, el acumulado de las luchas sociales por la existencia; y las y los actores que fueron dejando su vida en esas luchas y que no constan en la historiografía dominante, luchas y actoras que deben ser sentidas como patrimonio de la memoria colectiva de los pueblos, pues son la herencia de una memoria vital, insurgente y que está presente en el *continuum* de luchas por la vida que se inicia desde el momento mismo de la conquista, con Rumiñahui, Jumandi, Quilago, Antonio de Illescas, y se continúa con Daquilema, Lázaro Condo, Mama Dolores Cacuango, Mama Tránsito Amaguaña, el Abuelo Zenón, el maestro Juan García; así como las luchas por la vida encarnadas en los levantamientos y sublevaciones en tiempos coloniales, la fundación de las organizaciones indígenas obreras y populares, el 15 de noviembre de 1922, la Gloriosa, la matanza de Aztra, el levantamiento indígena del Inti Raymi del 90; todos símbolos de una memoria viva encarnada en la lucha para la reafirmación de la vida.

Patrimonio y turismo

La relación entre patrimonio y turismo es muy estrecha, pues han sido muchos de los recursos patrimoniales los que han servido de potencial atractivo de la actividad turística y actualmente desde las políticas de fomento del patrimonio que implementa el mercado

y el estado que busca promoverlas, lo que se pretende es desarrollar e impulsar el turismo como uno de los ejes estratégicos para la articulación con el mercado global que supuestamente hará posible el desarrollo de la economía del país que puede sustituir al petróleo. Dicha relación, sin embargo, dada la presión del mercado y su tendencia a la exotización de sus productos, ha modificado cuantitativa y cualitativamente la relación entre patrimonio y turismo; pues los sitios patrimoniales tradicionales, se ven sometidos a enormes presiones por la demanda turística, que pone en riesgo su conservación. De igual manera, esos destinos patrimoniales tienen que adaptarse a las nuevas reglas del mercado turístico globalizado para no quedar relegados de dicha actividad, así como se activan o se inventan tradiciones patrimoniales en perspectiva solo del consumo, de responder a la creciente demanda turística y en dicha activación se plantean dimensiones éticas y políticas (Prats, 1997, p. 41).

Dentro de la lógica del mercado y de la búsqueda de etnización del otro, también el patrimonio vivo es exotizado, no solo los monumentos, sitios arqueológicos, sino fiestas tradiciones, sistemas de creencias, la gente, culturas enteras, son transformados en artículos de consumo, en mercancías para el consumo del mercado turístico, hasta tal punto que la actividad turística y el uso del patrimonio que dichas culturas poseen, se ha convertido en el único medio para su supervivencia y para la revitalización de sus identidades y culturas, lo que irónicamente ha abierto nuevos procesos de dependencia.

Lo anterior ha generado que se produzcan determinadas activaciones patrimoniales, que ya no responden a la necesidad de reafirmación de la identidad de una colectividad, sino a la necesidad de la demanda del mercado turístico, el interés es estrictamente comercial, aunque el discurso de verdad de la identidad, se lo sigue instrumentalizando porque eso hace posible la legitimación social de dichas activaciones como en el caso de Quito y Guayaquil que miraremos más adelante.

El patrimonio tiene algunas virtudes que lo convierten en un atractivo no solo para la actividad turística sino para los operadores que se benefician de ella, es gratis y supuestamente nos pertenecería a todos, aunque estamos viendo que si dichos bienes patrimoniales son activados desde el interés de los operadores turísticos privados, dicha gratuidad se relativiza, pues comienza a ser patrimonios

únicamente de los sectores hegemónicos a los cuales sus legítimos herederos difícilmente tendrán acceso.

Este uso que el turismo hace del patrimonio y que responde a procesos de activación patrimonial acorde a las demandas del mercado turístico, está generando procesos contradictorios de confrontación entre la lógica identitaria y las lógicas del mercado, pues muchas comunidades se han visto obligadas a tener que hacer activaciones patrimoniales para poder articularse al mercado turístico —como única posibilidad para obtener recursos para su subsistencia— y discursivamente han planteado que lo hacen también para revitalizar sus identidades. Pero, en muchos de los casos, las mismas han sufrido graves procesos de desestructuración, pues han tenido que adaptar sus identidades a las demandas del mercado turístico; no así en comunidades políticamente más maduras, con firmes procesos socio organizativos, en donde la activación patrimonial y la relación con el turismo, les ha posibilitado abrir procesos de reafirmación identitaria y de reapropiación de sus propios recursos culturales y patrimoniales y hacer del turismo una posibilidad para concretar procesos interculturales.

Cultura, patrimonio y memoria, son también escenarios de lucha de sentidos

La cultura, el patrimonio y la memoria son fenómenos sociales colectivos que tienen por tanto un profundo sentido político y están atravesadas por relaciones de poder; pues dichos significados son motivo de disputa semiótica y política, son un campo de batalla ideológico por el control de los significados y las significaciones sociales; la cultura, el patrimonio, la memoria, son en consecuencia también un escenario de luchas de sentidos, por la hegemonía que inevitablemente se expresan en toda sociedad. (Guerrero, 2010, p. 325)

Mirar a la cultura, el patrimonio, la memoria como un escenario de luchas de sentidos, implica no olvidar cómo se expresa la multiéctica del poder, de su ejercicio, de su legitimación y su impugnación; ya que por un lado, esos cosmos simbólicos de sentido de la cultura, la memoria, el patrimonio, pueden ser, y de hecho son instrumentalizados por el poder, para la legitimación de la dominación, a través de lo que hemos llamado, procesos de *usurpación simbólica*. Por ello se los pretende usurpar, instrumentalizar desde los sectores hegemó-

nicos, que buscan la domesticación y la usurpación de las memorias populares insurgentes, para construir una memoria social que legitime su hegemonía. Pero por otro, la cultura, el patrimonio, la memoria, son también un instrumento insurgente contrahegemónico, necesario para la lucha por la impugnación y superación de toda forma de poder y dominación, y para la reafirmación de la vida, por eso se busca su revitalización desde los sectores subalternizados, lo que ha hecho posibles procesos que hemos caracterizado de “insurgencia simbólica” (Guerrero, 2002).

Mirar la cultura, el patrimonio, la memoria, como escenarios de lucha de sentidos, permite romper esa mirada esencialista e idealizada que ve todo lo popular como patrimonio, o que cree que solo es la cultura popular la que construye el patrimonio, sin considerar que también las elites necesitan construirse recursos patrimoniales, inventar tradiciones, que respondan a sus intereses políticos, ideológicos y económicos.

El patrimonio por lo tanto, no es solo un patrimonio de lo popular, al estar atravesado por relaciones de poder, es de hecho también una construcción de sentido sobre la identidad y la memoria, sobre el pasado, sobre el recuerdo y el olvido que instrumentalizan los sectores hegemónicos; por ello, el patrimonio que aparentemente ya es de todos, está siendo, vía usurpación simbólica, transformado en un instrumento para la legitimación de un proyecto hegemónico que busca el control político de la memoria.

El patrimonio al ser un escenario de lucha de sentidos, también desde la necesidad de preservación de esa herencia social, se plantean diversos horizontes éticos y políticos en disputa, así: para los defensores de las moralidades del egoísmo racional capitalista, articuladas al poder político y al mercado, el patrimonio se abre como perspectivas de desarrollo económico, de articulación a los mercados globales a través de la actividad turística. Por lo tanto es un negocio muy rentable, que desde el poder puede ser instrumentalizado para sus proyectos políticos de reafirmación de espacios nacionales, regionales o locales, mediante procesos de usurpación material y simbólica y de manipulación identitaria. En cambio para aquellos que sostienen una moralidad y éticas insurgentes, el patrimonio constituye una necesidad vital para sus procesos de insurgencia material y simbólica, para la revitalización de las identidades colectivas y para poder sentir y pensar, corazonar a partir



de su pasado, su futuro, para abrir espacios de construcción social y participación comunitaria, para su construcción como sujetos políticos e históricos y para desde sí mismos luchar por un horizonte de sociedad sustentado en el respeto a la dignidad humana.

Usurpación simbólica, racialización y perversidad simbólica de la “regeneración” y activación del patrimonio

Entendemos usurpación como el proceso mediante el cual el poder se apropia, despoja y se apodera de un recurso material o simbólico, que no le pertenece; se trata de un hecho ilegítimo, que se ejerce a través de mecanismos de imposición y violencia material o simbólica, o de seducción y complicidad, que forman parte de la propia naturaleza estructural del poder (Guerrero, 2004b).

Asistimos a un proceso de clara usurpación del patrimonio, pues, por un lado, hay una clara conciencia por parte del poder de la importancia que tiene el patrimonio como una construcción simbólica de sentido. Sabe muy bien la enorme eficacia simbólica que tienen las activaciones patrimoniales como forjadoras de identidad y para la construcción de la memoria individual y colectiva, así como para suscitar entre los miembros de una colectividad nacional, regional o local ejes motivacionales, lazos de afectividad que se internalizan en lo más profundo de su ser y sus imaginarios sociales, cuyos efectos son perdurables, que construyen determinadas representaciones y valores sobre esa identidad que posibilitan la implantación de un determinado orden social. Por otro lado, el poder también tiene muy claro, que el patrimonio y su gestión, es un negocio muy lucrativo, que genera altísima rentabilidad y que permite a los sectores dominantes su articulación con el mercado turístico global, lo que garantiza sus ganancias, esto ha hecho inevitable la usurpación material y simbólica del patrimonio por parte de las élites que manejan el poder.

La activación del patrimonio implica una cuestión eminentemente ética y política, puesto que la misma se lo hace en base a determinada axiología (valores) y teleología (fines), hay una correlación entre intereses, valores y situaciones históricas que nos permiten comprender las activaciones patrimoniales como estrategias políticas y mirar el uso instrumental e ideologizado del patrimonio que el poder ha usurpado.

Poner en activación determinado patrimonio implica la construcción de un discurso de verdad que caracteriza a todo proceso de usurpación simbólica, cuyos significados y significaciones se legitiman en la acción social y al mismo tiempo legitiman los intereses de quienes lo instrumentalizan. Por eso no hay una dimensión de neutralidad ética en la activación patrimonial, puesto que en ello opera una clara visión de moralidad, que generalmente tiene que ver con las demandas del capital que propugna la ética del mercado.

El patrimonio como tal no existe por sí mismo, sino solo en la medida en que entra en el cosmos de las representaciones simbólicas que una sociedad le da (Prats, 1997, p. 30), y de las relaciones de poder y luchas de sentido que se libran en su interior. En tiempos de globalización, aquellas representaciones que entran en el imaginario social como parte del patrimonio, no existían como tal, sino hasta cuando fueron instrumentalizados políticamente por las élites, y ofrecían perspectivas de rentabilidad económica. De ahí que el ejemplo más palmario es la usurpación que se está haciendo del patrimonio, el pasado y la memoria, a través de los llamados perversamente procesos de “regeneración” de los centros históricos como son los casos de Quito y Guayaquil.

Hasta antes de que la oligarquía guayaquileña no mirara la necesidad de hacer de esa metrópoli el eje del poder oligárquico, el centro histórico no resultaba de interés, puesto que era considerado como un escenario para la delincuencia, el mundo de los “otros” marginalizados y empobrecidos por ese mismo poder; pero dada la importancia política, la eficacia simbólica que el pasado, que el patrimonio tienen, y la perspectiva económica que ofrecen, la oligarquía usurpa esos símbolos para hacerlos funcionales a su proyecto político.

De igual forma, el centro histórico de Quito que tiene cuarenta años de haber sido declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad,⁵ igualmente ha sido estigmatizado, mirado como un no lugar, en el que solo habitaba el tugurio, la informalidad y la delincuencia, el centro no constituía un eje de adscripción identitaria, la gente temía ir al centro de la ciudad y ese espacio estaba siendo desplaza-

5 La UNESCO declara a Quito como el primer Patrimonio Cultural de la Humanidad el 18 de septiembre de 1978.

do por los nuevos centros shoppings propios de los imaginarios de la modernidad.

La necesidad de la construcción de referentes de identidad que todo proyecto político de las élites necesita, hace que el centro histórico se vuelva un escenario que abre posibilidades para la construcción de una nueva memoria social, de un discurso de verdad sobre la identidad, en el cual la totalidad de la sociedad se reconozca, y que permita la legitimación de su hegemonía dentro de la lógica de la moralidad del egoísmo racional del mercado.

Hablar de “regeneración” de los centros históricos, del patrimonio, es perverso, pero esto evidencia cuáles son los imaginarios que el poder tiene sobre los otros, dado que solo se regenera lo degenerado, las élites creen que su acción civilizadora, podrá abrir procesos de regeneración de la cultura y de los espacios de esos otros, que siempre han sido vistos como degenerados sociales. Para ello, se construyen mecanismos de higienización y control de los indeseables, de los que lo hacen peligroso, y alejan a turistas y consumidores. El patrimonio se vuelve así, un instrumento de control cultural y biopolítico de las culturas populares, pues hoy en nombre de la regeneración de los centros históricos, se busca controlar, no solo los bienes patrimoniales materiales, sino sobre todo, los espacios públicos y las vidas, imaginarios y cuerpos de diversos sectores sociales que las habitan y transitan. La aparente modernidad, belleza, limpieza y orden de los centros regenerados, ocultan formas perversas de heterofobia, discriminación, exclusión, marginalidad, racismo y ejercicio de una sutil manera de dominación y criminalización de la diferencia (Kingman, 2013).

Resulta equívoco, etnocéntrico, racializador e ideologizado hablar de regeneración de la cultura y el patrimonio, no se comprende que la cultura no constituye una fuente de antivalores, de degeneración, sino que es en sí misma, el supremo valor humano, que hizo posible que los seres humanos lleguen a ser tales y lleguen a las construcciones de sentido. De ahí que no solo es tremendamente equivocado, sino perverso y racista hablar de “regeneración” del patrimonio y la cultura, eso solo es admisible en los imaginarios del poder, que cree que su acción civilizadora podrá abrir espacios de regeneración de la cultura de esos otros, degenerados, atrasados, primitivos, salvajes, subdesarrollados, anti modernos que se vuelven un estorbo para una gestión civilizadora, eficiente de un turismo que

no quiere que en sus calles demuestren los rostros de la miseria que ese mismo poder produce y multiplica.

Es a partir de la consideración de la importancia del patrimonio como parte de la actividad turística que impone el actual proceso de globalización del mercado y de mundialización de la cultura dominante, que los sectores empresariales vuelven la mirada a los centros históricos y no es casual que lo hagan luego de que los gobiernos locales han hecho un gran esfuerzo en financiar su reconstrucción y en la restauración de bienes patrimoniales que los sectores privados no mostraron interés alguno en financiar, y que sin haber invertido ni un centavo en su “regeneración”, ahora les están sacando provecho pues se les entrega con generosas concesiones para su administración y exclusivo beneficio. Ahora que los centros históricos han cambiado de rostro, que el turismo muestra su potencialidad como alternativa económica para poder articularlos con las economías globales, los sectores empresariales activan un discurso patrimonial cuyo sentido político es mucho más evidente en el caso de Quito y Guayaquil. Cuando se ha limpiado el centro de los negocios informales que lo afeaban y alejaban el turismo, cuando se ha incrementado mecanismos de control y represión de la delincuencia, cuando se ha invertido en la revitalización urbana, hoy los centros históricos, son activados como patrimonio, en clara respuesta a los intereses privados y políticos.

Dada la eficacia simbólica, política y económica que tiene la usurpación simbólica del patrimonio y de la memoria para el ejercicio del poder, se ha fracturado el imaginario, de que son las culturas populares las que naturalmente construyen, preservan y se benefician del patrimonio, puesto que hoy, son los sectores políticos hegemónicos los principales potencializadores y activadores del patrimonio, los constructores de museos, parques nacionales, reservas, sitios arqueológicos, monumentos para la preservación de la identidad y la memoria social, pero siempre y cuando éstas sean instrumentales a las lógicas del mercado y del poder.

Es por ello que deberíamos plantearnos algunas interrogantes necesarias: ¿cuál es el futuro que los bienes patrimoniales tendrán en la articulación a los grandes mercados del turismo globalizado, que tiene a la exotización y folklorización de las identidades y culturas, mientras discursivamente se habla de interculturalidad?; así como ¿cuál es el futuro que tienen los bienes patrimoniales, cuan-



do se plantea el cambio de la matriz productiva vía extractivismo, mientras por otro lado se habla de los derechos de la naturaleza y el Sumak Kawsay?; frente a esto, otra pregunta muy sencilla que deberíamos hacernos es: ¿podrá haber Buen Vivir y Sumak Kawsay, y podrá ser posible la defensa de los derechos de la naturaleza, si es el extractivismo el eje de la transformación de la matriz productiva —que en realidad es corruptiva— que está haciendo posible la modernización del proceso de acumulación capitalista en el país?

Existe una dimensión ética que no se discute y que resulta violatoria de toda norma que la propia Ley de Patrimonio plantea, según la cual, nada puede estar más allá del interés público, los procesos de “regeneración” de los centros históricos se están haciendo a muy altos costos sociales, para ello se está desplazando a los propios pobladores de los edificios considerados patrimoniales, a fin de proyectar grandes cadenas hoteleras. Esto plantea el riesgo, como ya ha ocurrido en otros países, que se vuelvan lugares prohibitivos y excluyentes a los cuales la propia población que se supone es depositaria de ese patrimonio no tiene posibilidad de acceso, como ha sucedido en el caso de Antigua en Guatemala, en Cartagena de Indias, o en el Cuzco, en donde los sitios patrimoniales se encuentran en manos de los grandes consorcios hoteleros y muy lejanos de la población local. Hay un uso instrumental en base a las necesidades del mercado capitalista, la usurpación simbólica ha convertido el patrimonio del pueblo, en patrimonio de las élites dominantes, eso ha determinado, que el patrimonio histórico que se supone “ya es de todos” y que pertenece a todo el país, hoy, solo sea patrimonio de pocos sectores, como lo evidencia el caso de los centros históricos, de cuya administración lucran las operadoras turísticas; o el de algunos monumentos arqueológicos que se creían patrimonio de la nación, hoy han sido transformados en hosterías privadas, siendo sus dueños los únicos que se benefician de la rentabilidad que da la usurpación simbólica del pasado.

El proyecto de “regeneración” del centro histórico de Guayaquil y Quito en perspectiva de convertirlos en ejes del turismo internacional, ha implicado procesos de desplazamiento de los sectores populares empobrecidos que afean el entorno, ahí está una de las dimensiones perversas que puede tener el turismo, que necesita maquillar la desigualdad, el empobrecimiento y la injusticia que se refleja en nuestra realidad, para solo mostrar el rostro “regenerado” que las empresas quieren que vea el turista. No resulta ético la mani-

pulación que se ha venido haciendo, a fin de justificar el desalojo de las familias que habitan en el centro histórico, y luego dar en serviles concesiones a las operadoras turísticas transnacionales el patrimonio de todos, cuando lo que debería hacerse, es buscar mecanismos más amplios de participación comunitaria y no el desplazamiento de ella.

No es igualmente ético, el construir un centro histórico a través de la manipulación identitaria, como el caso del Malecón 2000, esto constituye una muestra del proceso de usurpación simbólica, así como de invención que se hace del patrimonio las élites, que ha provocado, que esos sitios operen dentro de los imaginarios racializadores del poder, y por lo tanto se vuelven excluyentes de las diferencias, esa misma visión de regenerar la sociedad se traslada a los bienes patrimoniales, por eso se prohíbe el libre tránsito de los diferentes, de pobladores que no entran en el uni-verso estético del poder, se construyen así guetos y formas de apartheid que violentan la dignidad humana.

Todo lo anteriormente señalado evidencia el proceso de usurpación simbólica que el poder ha hecho del patrimonio, del proceso de activación del mismo en respuesta a los intereses políticos e ideológicos y por supuesto económicos de los sectores dominantes locales y transnacionales; el patrimonio se está volviendo un patrimonio del poder, donde opera una moralidad del egoísmo racional del capital y el mercado que prioriza las ganancias sobre el interés colectivo y que instrumentaliza un discurso de identidad para su beneficio económico y su legitimación social y política.

Desde el poder el patrimonio, la memoria, el pasado, le son útiles si le producen rentabilidad, no existe defensa del pasado histórico si este no permite el desarrollo económico, como lo ha evidenciado casos como el de la construcción de un complejo comercial en Cumbayá, sobre un sitio en el que se asentaba un gran complejo arqueológico patrimonio de nuestro pasado, los discursos de defensa del patrimonio, la identidad, la historia, sirvieron muy poco frente a los intereses de consorcios comerciales que habían invertido y planificado un polo de desarrollo moderno, el quedarse en el pasado, manteniendo el patrimonio, resultaba una traba para la modernización y el desarrollo que se lograría con modernos centros comerciales parecidos a los de Miami.

Existen otros múltiples ejemplos que evidencian que es la ética del mercado la que se ha impuesto a los intereses patrimoniales del país, por ello sobre centros arqueológicos se han levantado

complejos habitacionales y turísticos; otro ejemplo emblemático es el moderno aeropuerto de Tababela construido sobre un complejo cultural ancestral, sin que los defensores del patrimonio y de la historia pudieran hacer algo; el único beneficiado ha sido el consorcio canadiense encargado de su construcción y como consuelo les ha dejado a las comunidades la promesa de la construcción de un museo de sitio para encerrar su memoria en vitrinas, promesa que tampoco se ha cumplido.

Igual cosa ocurrió recientemente con la construcción del metro de Quito, puesto que a pesar de existir informes técnicos que evidenciaban la existencia de un cementerio prehispánico de enorme importancia patrimonial, cultural e identitaria, en el que descansaba parte de nuestra raíces históricas necesarias para saber de dónde venimos; sin embargo, se decidió continuar con la construcción del metro; en nombre de la modernidad y el capital no se respetó que ahí estaban enterrados nuestros muertos, y de la forma más descarada echaron cemento sobre la memoria de éstos. No solo que irrespetó la Ley de Patrimonio Cultural del Ecuador, sino que además, desconocieron tratados internacionales, puesto que el centro histórico fue declarado por la UNESCO hace cuarenta años como patrimonio no solo del país, sino de la humanidad; esto evidencia, que lo que prima, es la defensa de los intereses económicos de las élites, antes que la defensa de la identidad, la cultura, la memoria histórica y del patrimonio que cínicamente dicen defender en sus discursos. Todas estas experiencias no dejan duda, de que la historia, cultura, identidad, memoria, y el patrimonio, solo tienen sentido para el mercado y el capital, en la medida en que le generen sustanciosas ganancias.

La construcción de discursos de verdad que hacen realmente posible la usurpación simbólica del patrimonio, rompe otra falacia advertida también por Prats (1997, p. 33), de que es la sociedad la que activa los bienes patrimoniales y que dicha activación es en beneficio social. La sociedad se vuelve otra falacia muy peligrosa y de fácil instrumentalización, pues creer que en el sujeto colectivo está la real representación de la sociedad en sí misma, cuando lo que sucede en realidad es que dicha sociedad se reconoce en los discursos verdaderos que el poder construye para su representación; patrimonios que son activados para que la sociedad se sienta parte y pueda pasear en ellas los domingos con sus familias; para que sientan la satisfacción de reconocerse en un pasado histórico glorioso del

que siempre han estado excluidos y del que ahora supuestamente forman parte, pero cuyos réditos económicos no les serán nunca redistribuidos, sino que favorecen a quienes se encargan de toda la dinámica del mercado y del consumo que acompaña a los procesos de “regeneración” del patrimonio, pues necesariamente, eso deberá estar acompañado de sitios para el consumo y la distracción, como dos escenarios que se articulan muy bien entre la tradición y la modernidad, sitios para el consumo de identidad, de artesanías o hamburguesas, que poco tienen que ver con nuestras propias tradiciones y, sí mucho con el proceso de Coca-colonización del mundo y Miami-zación de la vida.

No existe en consecuencia la sociedad, no es ella la que decide de qué patrimonio va a sentirse orgullosa, son otros intereses de otros sectores los que determinan, activan el patrimonio, los que deciden qué “regenerar” para qué y quiénes pueden o no beneficiarse del mismo. Esos discursos de verdad, esas representaciones que construyen los bienes patrimoniales, han sido elaboradas no por alguien tan etéreo como la sociedad o el pueblo, sino por sectores hegemónicos concretos, con intereses, fines, valores, éticas concretas y que de ninguna manera coinciden con los intereses de la sociedad. La ficción de un sujeto colectivo, le da a quienes otorgamos la representación el poder de manipulación e instrumentalización que lo legitima y legitima sus intereses y no los de la sociedad que le otorga dicho poder. Esto evidencia la dimensión ética y política del patrimonio pues su activación está necesariamente ligada a las cuestiones de poder, pues como dice Prats (1997, p. 35) “sin poder no existe patrimonio”.

Una muestra del proceso de usurpación simbólica y de la eticidad de mercado que allí se expresa, es que los sectores que hoy administran el patrimonio, hacen un uso racializado del mismo, pues ahora poseen el patrimonio, el pasado de sectores a los que siempre han despreciado y siguen despreciando en el presente, pero que ahora buscan incorporarlos como potenciales consumidores.

Dada la eficacia simbólica que tiene la construcción de un discurso de verdad que es instrumentalizado por el poder, como el discurso de la representación sobre el pasado, la eficacia simbólica que tiene la memoria, el patrimonio en la construcción de identidad, determina que sean los sectores políticos hegemónicos los principales potencializadores y activadores del patrimonio, los principales



constructores de museos, parques nacionales y de reservas, sitios arqueológicos, monumentos para la preservación de la identidad y la memoria social, pero siempre y cuando los mismos se articulen y funciones acorde a las lógicas del mercado.

Los sitios patrimoniales que todavía no resultan rentables y que implicarían grandes inversiones y que las operadoras turísticas y patrimoniales esperan que las haga el Estado, para luego sí poder apropiarse de ellos, están en manos de sectores comunitarios que deben enfrentar grandes dificultades para preservar sus bienes patrimoniales. Parte de este escenario de lucha de sentidos que se expresa en el manejo y uso y activación patrimonial, es el que se hace desde los sectores subalternizados, que están llevando adelante propuestas no para el rescate del patrimonio cultural, sino para su revitalización, dentro de una concepción más política de la cultura y con un horizonte sustentado en una moralidad y ética de la insurgencia.

Patrimonio e insurgencia simbólica

Es necesario mirar, que estos procesos de usurpación por el poder no son inamovibles, sino que al ser construcciones sociales, pueden ser, y de hecho están siendo revertidos, impugnados por las memorias populares vivas, por la agencia de las y los actores sociales, que le disputan al poder el monopolio del sentido sobre el pasado, historia, memoria, desde sus imaginarios y prácticas cotidianas, puesto que no existen consumidores pasivos, sino que desde las y los actores subalternizados se generan estrategias que implican procesos de revitalización de las memorias y las culturas populares; cuyos ejemplos nos lo están dando las nacionalidades runas, los pueblos afrodescendientes y las diversidades sociales, cuando han aportado a la sociedad, la necesidad de mirar la riqueza de la diversidad y de la diferencia como instrumentos insurgentes frente al sentido homogeneizante del Estado-nación y de la cultura aburguesada y “hamburguesada” que impone el mercado global.

Otra expresión de insurgencia simbólica que nos aportan estas nacionalidades y pueblos, son propuestas como la interculturalidad, la plurinacionalidad y el Sumak Kawsay que se vuelven horizontes no solo para la transformación del Estado-nación, sino para hacer posible, transformaciones civilizatorias, del poder, del saber y sobre todo del ser; para sembrar horizontes distintos de existencia, mundos

de vida diferentes; pues dentro de este orden civilizatorio capitalista, que prioriza el capital sobre la vida, no existen posibilidades para la existencia presente y futura; desde la insurgencia simbólica y material los pueblos sometidos históricamente a la dominación, nos están aportando desde el poder de sus espiritualidades y sabidurías insurgentes o del corazón, referentes otros, distintos de sentido de la existencia, para que la humanidad haga un urgente pacto de ternura con la vida.

Frente a los proyectos del poder, se están dando también, procesos de insurgencia material y simbólica de actores históricamente subalternizados, pues a más de las nacionalidades runas, de los pueblos afrodescendientes, vivimos un proceso de insurgencia también de sectores populares urbanos, de identidades sexuales, regionales, generacionales, y de diversidades sociales otras, esas memorias vivas otras, que surgen desde los márgenes y periferias del poder, y luchan por la reapropiación del patrimonio que histórica y legítimamente les pertenece, por la ocupación del espacio público, de las calles, las plazas, las casas, los territorios de los que están siendo desplazados, y que fracturan y descentran la tradición, la memoria y los discursos que el poder construye sobre ellas, y hacen del patrimonio, cultura, identidad y la memoria, instrumentos insurgentes para la revitalización de sus identidades y sus culturas, y para ir ampliando el camino hacia el Buen Vivir.

LA FEPTCE y el turismo comunitario como expresión de insurgencia simbólica

Uno de los ejemplos relevantes del proceso de insurgencia material y simbólica de la cultura, la identidad, la memoria y el patrimonio desde la propia cosmoexistencia⁶ de las nacionalidades y pueblos, que refleja el proceso de su lucha ininterrumpida por la

6 Hablamos de cosmoexistencia puesto que en el mundo andino no solo se tiene una cosmovisión que implica una mirada cognitiva del mundo y de la realidad, que caracteriza la hegemonía ocolocéntrica de la racionalización de Occidente; sino que las y los runas tejen la vida, el Kawsay dentro del orden del Pacha, del cosmos; en consecuencia, los pueblos runas no solo piensan y ven la vida, sino que la viven intensamente, ceremonialmente, simbólicamente, vitalmente, por ello no tienen solamente cosmovisión, sino que tienen Pacha Kawsay, es decir, cosmoexistencia o cosmovivencia.

existencia, es la creación a fines de la década de los ochenta de la Federación Plurinacional de Turismo Comunitario del Ecuador FEPTCE (Guerrero, 2008), propuesta que emerge además, para enfrentar la visión instrumental y mercantilista del turismo que ha impuesto el poder, que durante toda la historia se ha aprovechado de los territorios, la cultura y de las vidas de las nacionalidades y pueblos.

Ya desde finales de los ochenta, las comunidades kichwas de la Amazonía que estaban sufriendo los impactos de la expansión del frente extractivista a través de las operaciones de las empresas petroleras, mineras y turísticas, empiezan por iniciativa de dirigente Kichwa Tarquino Tapuy, una experiencia generatriz de turismo comunitario en la comunidad Capirona, la misma que impulsará procesos similares en las comunidades de Runatupari, lo que da como resultado la creación de una primera experiencia de turismo comunitario Ricancie, que es continuada en Agua Blanca en la costa ecuatoriana por poblaciones montuvias. Como resultado de estas exitosas experiencias, diversas comunidades indígenas, afrodescendientes y montuvias se unen para crear la FEPTCE a fin de tomar en sus propias manos el manejo del turismo pero desde la vitalidad de las matrices culturales de sus propias cosmoexistencias, y para que responda a las necesidades, demandas e intereses de las propias comunidades, propuesta que logra su legalización el 11 de setiembre del 2002, y su reconocimiento en la Constitución del 2008; actualmente cuentan con más de 130 propuestas de turismo comunitario que han crecido en las tres regiones del país.

Al contrario de un turismo que responde solo a los intereses del mercado y el capital, la FEPTCE, prioriza la defensa del primer patrimonio en el que se sostienen los demás, la vida; de ahí que hace del Sumak Kawsay, el Buen Vivir su horizonte, y como parte del proceso para irlo materializando, trabaja en la defensa del patrimonio natural, territorial, humano y del patrimonio cultural, en la revitalización de sus culturas, identidades y memorias vivas.

La FEPTCE sintiendo que la diversidad y la diferencia son parte de la riqueza de la propia vida, y considerando que nuestras realidades están atravesadas por esa riqueza, que somos pueblos pintados con los colores del arco iris, se planteó la necesidad de la revitalización del potencial político de esa diversidad y diferencia, que nada tiene que ver con las imágenes ilusorias, exóticas y folklóricas que sobre ellas construye el calidoscopio de las operadoras turísticas,

que maquillan los rostros de la realidad para construir países de afiches y postales, que hacen de la naturaleza, de los seres humanos, de sus culturas, de su patrimonio un “producto”, un “atractivo”, un “recurso”, una mercancía a ser consumidas.

Una característica distintiva de las experiencias promovidas por la FEPTCE, es que son las propias comunidades las y los actores protagónicos de la totalidad de su propio proceso; lo que buscan es trabajar un turismo comunitario con una perspectiva intercultural que se sostiene en el potencial cultural, identitario, espiritual y político que forman parte de sus propias cosmovivencias; de ahí que la solidaridad, reciprocidad, complementariedad, redistribución y cooperación, son las matrices culturales que sostienen todo el proceso, en perspectivas de buscar el bienestar comunitario, la apropiación y gestión de su propio patrimonio cultural, natural, humano, el mejoramiento de las condiciones de vida comunitarias mediante el reparto colectivo y equitativo de los ingresos económicos que obtienen; pero sobre todo un eje estratégico es, lograr el fortalecimiento de la comunidad como sujeto social, político e histórico.

Entre las matrices vitales de la cosmoexistencia runa, están la de totalidad y la de interdependencia, según las cuales en el pluriverso⁷ nada está desarticulado, pues todo lo que existe en el entramado cósmico del bioverso es interdependiente, está interrelacionado, co-implicado. La FEPTCE consideró que esa interdependencia se expresa también en el turismo, de ahí la necesidad de mirar las articulaciones del turismo no solo con lo económico que es lo que generalmente se ha priorizado, sino mirar que ahí se expresan procesos ligados a lo social, político, ideológico, económico, cultural, ambiental y socio-organizativo, las cuestiones de género, generacionales, etc.; por ello se han planteado trabajar el turismo desde enfoques holísticos y sistémicos, dado su carácter pluritópico y por tanto, su justificación y sus objetivos tienen múltiples direcciones y que son los que están siendo consideradas por la Federación.

7 Ante la noción de uni-verso propia de la racionalización de occidente, que tiene un claro sentido homogeneizador y monocultural, antepone-mos la noción de multiverso, de pluriverso o de bioverso, que emerge desde las sabidurías, y que hace referencia al sentido, multi, plural y diverso de la realidad, como expresión de la riqueza de la propia vida.

Desde el punto de vista ambiental se busca trabajar un turismo ambientalmente sostenible, que permita mantener, preservar y fortalecer las zonas que han luchado para que sean declaradas como bosques protectores, al mismo tiempo elevar la conciencia preservacionista en las comunidades participantes y hacer conciencia en el conjunto de la sociedad de la necesidad de un manejo ambiental, respetuoso, responsable, sustentable y sostenible, pues de eso depende la continuidad de la vida.

Uno de los ejes estratégicos de las propuestas de la FEPTCE, es hacer del turismo comunitario un camino entre otros, que posibilite avanzar hacia el Sumak Kawsay, el Buen Vivir, lo que implica en consecuencia, trabajar en la defensa de sus territorios ancestrales y de los derechos de la naturaleza, luchar por la defensa de la rica biodiversidad que los habita. Por lo tanto, la FEPTCE ha impulsado proyectos de reforestación, usando especies nativas, como también está trabajando en la protección de miles de hectáreas de selva, a fin de preservar la flora y fauna actualmente amenazadas por la acción ecocida del extractivismo; lo que busca es salvaguardar una herencia natural que permita la promoción de un eco-turismo basado en la comunidad y su cultura.

La lucha de la Federación por la conservación de la biodiversidad y la defensa de la Madre Tierra como símbolo y fuente de la energía para seguir tejiendo la trama de la existencia, se la ha estado haciendo desde el potencial de sus sabidurías y espiritualidades ancestrales, y cómo éstas siempre han tenido como horizonte la vida y su preservación han impulsado a la Federación a luchar contra las prácticas ecocidas y extractivistas.

Por esta razón es que la Federación ha impulsado luchas contra la presencia de las empresas mineras en sus territorios; ha logrado reducir prácticas pesqueras no-sustentables, así como la cacería y pesca ilegal de especies endémicas amenazadas, y ha mostrado cómo el turismo comunitario se presenta como una alternativa con resultados esperanzadores, frente a un turismo que busca el vivir bien a costa de la explotación indiscriminada de sus fuentes naturales de energía no-renovables, y de la exotización de la cultura, la manipulación y explotación de las comunidades; la FEPTCE por el contrario, está trabajando en un turismo que apunte la vida de sus comunidades, sus identidades y culturas, y en perspectiva de sembrar el Buen Vivir.

La lucha por la preservación de los territorios ancestrales demanda también una actitud espiritual, esto les ha impulsado a luchar además por la revitalización de sus lugares sagrados como ríos, cascadas, pogllos, fuentes de agua, tambos, tolas, pukaras, terrazas, redes de caminos como el Kapak Ñan, o la red de culuncos por donde transitaban los antiguos yumbos; así como han buscado que no se exotice la sabiduría de las y los yachaks, de sus Mamas y Taitas ni sus prácticas ceremoniales medicinales, a fin de que se respete el sentido sagrado que estas tienen.

Les ha demandado también luchar por la delimitación y legalización de los territorios donde se han asentado históricamente las nacionalidades, pueblos y sus comunidades. Esto ha implicado también plantearse la lucha por la soberanía y seguridad alimentaria de las comunidades, exigir el respeto y cumplimiento de los derechos de la naturaleza, de los derechos colectivos de las nacionalidades y pueblos y de los derechos humanos, para que estos se materialicen, se concreten y dejen de ser un mero discurso retórico que se señala en la Constitución y que instrumentaliza el poder en su beneficio.

Desde el punto de vista socio político, se busca trabajar desde una dimensión socialmente solidaria, abrir espacios de fortalecimiento socio organizativo de las comunidades, de encuentros dialogales que promueve una efectiva cooperación entre los miembros de la comunidad y entre comunidades, a fin de tomar decisiones consensuadas y enfrentar las conflictividades y asimetrías internas; formar a la comunidad en el manejo de conflictos; hacer que el turismo permita mejorar las condiciones sociales de la comunidad.

Frente al rol pasivo que las políticas culturales del Estado le han dado a las comunidades, desde la perspectiva de la FEPTCE, implica potencializar la agencia, el rol político activo y militante de esas comunidades, de ahí que un eje estratégico es contribuir al empoderamiento comunitario, a su autonomía política, a la constitución de sus miembros como actores sociales, políticos e históricos, que contribuyan a la construcción de sociedades interculturales que hagan realidad la unidad en la diversidad y promuevan procesos de convivencia pacífica con la diferencia.

Desde el punto de vista cultural, se busca generar procesos de revitalización de sus cosmoexistencias, de sus espiritualidades y sabidurías, de las dimensiones cósmicas que éstas tienen y que posibilitan una relación amorosa y espiritual con la Pacha Mama y

todo el Bioverso. Trabajan a fin de impulsar la revitalización de sus cosmos simbólicos de sentido, que hagan posible la reafirmación de su memoria colectiva, de su identidad y su cultura, contribuir al desarrollo de su autoestima, a la valoración y defensa de su patrimonio cultural; contribuir a la revitalización de sus conocimientos prácticos y de sus sabidurías ancestrales en la medicina, arquitectura, trabajo de la tierra, sabiduría de sus sabores, revitalización de la sabiduría de su palabra expresada en su rica tradición oral que habla a través de sus mitos, cuentos, leyendas, adivinanzas, coplas, amorfinos, etc.; la revitalización de sus manifestaciones artísticas, de su música, danza, literatura, artesanías; para ello buscan también impulsar los diálogos interculturales de esas sabiduría con otras formas de sentir, conocer, saber y hacer; no olvidar que la cultura ha sido siempre una fuerza para la reafirmación de la vida y para la sanación de la misma.

Desde el punto de vista económico, se busca que el turismo comunitario pueda abrir alternativas de desarrollo económico para el fortalecimiento de procesos de autogestión económica, comunitaria, pero que no dependan exclusivamente del turismo, sino que abran otras perspectivas de desarrollo futuro, y que este proceso sea definido siempre desde las propias representaciones y matrices culturales de las comunidades que han orientado no solo sus procesos económicos, sino la totalidad de su vivir, como son: la reciprocidad, solidaridad, complementariedad y la redistribución, a fin de que impulsen experiencias de economías solidarias y procesos colaborativos que permitan la incorporación al trabajo de las mujeres a fin de enfrentar la inequidad de género, y de incorporar además la mayor cantidad de actoras y actores comunitarios sobre todo los históricamente excluidos, y que lo hagan en condiciones de dignidad, seguridad y equidad, respetando y garantizando los derechos laborales, y que todo esto se dé, en un marco de redistribución equitativa de las oportunidades y los beneficios que genera la actividad turística.

Un aspecto importante para la FEPTCE —en el proceso de construcción de los programas autogestionarios de turismo comunitario— ha sido trabajar un proceso de resignificación y lectura crítica de lo que tradicionalmente se ha venido entendiendo como turismo, autogestión, cultura, interculturalidad, desarrollo, etc., conceptos que buscan ser abordados desde perspectivas irradianes, críticas y políticas, pero desde el horizonte de sus propias cosmoexistencias, sabidurías y espiritualidades.

La FEPTCE busca combatir esa mirada exótica, cosificante de la diversidad y la diferencia, que desenmascara el mito del supuesto encuentro de culturas en el hecho turístico desde los intereses del mercado, pues deja en evidencia que en tal encuentro está marcado por profundas asimetrías y relaciones de poder. La FEPTCE al proponer el turismo comunitario sustentado sobre las matrices de sus propias cosmoexistencias y culturas, como una puerta hacia el encuentro con culturas diferentes, busca aportar a la construcción de un verdadero turismo intercultural, que haga posible el encuentro de distintas culturas, pero en condiciones de equidad y de respeto mutuo.

No debemos olvidar que el horizonte que guía la acción de la FEPTCE y de las comunidades que la integran, es tener la existencia como horizonte, la búsqueda del Sumak Kawsay, el buen vivir, que permita que las comunidades puedan tejer la sagrada trama de la vida con dignidad y felicidad plenas; el Sumak Kawsay como horizonte estratégico de su propuesta política, va más allá de la concepción occidental de calidad de vida, pues implica dimensiones espirituales que hagan posible el equilibrio, la armonía de la totalidad de la existencia, en íntima articulación entre seres humanos y no humanos, y de estos con la naturaleza y el cosmos; el Sumak Kawsay, desde las sabidurías runas, se muestra como un horizonte para transformaciones civilizatorias, de la vida y del vivir.

Dando luz y color a la memoria

Otro ejemplo interesante de insurgencia simbólica de la cultura, identidad, memoria y el patrimonio desde las y los actores populares lo llevó adelante la Red Cultural de Norte, que se planteó la necesidad de revitalizar las “veladas de las abuelas y abuelos”; lo que se trataba es desde ellas, ir “dando luz y color a la memoria” y articulándolas con el potencial que tiene la cultura, no solo desde sus manifestaciones sino sobre todo desde las representaciones, comprendiendo la intrínseca interrelación que existe entre cultura y memoria.

Las veladas eran tradicionalmente espacios populares en los que la gente de los barrios se reunían para dejar andar la palabra y la memoria desde el corazón, para el encuentro de las vecinas y vecinos, para poder celebrar la alegría de compartir la existencia, de enfrentar solidariamente los problemas y de buscar respuestas a

los problemas cotidianos que enfrentaba la comunidad; veladas que estaban acompañadas por tertulias llenas de anécdotas, de música con guitarras, acordeones o bandolines, de canto de pasillos, boleros, rancheras o de música popular, llenas de poesías. Eran espacios para que puedan danzar los recuerdos y olvidos, espacios para el compartir colectivo, la solidaridad, reciprocidad y la alegría que se han ido perdiendo con la expansión de la modernidad que nos impuso la falsa libertad de un sujeto estresado, triste y angustiado que no encuentra razones para la celebración de la vida.

El proyecto apuntaba a ir recogiendo la sabiduría de las memorias vivas, de abuelas y abuelos, para hacer una reconstrucción de la memoria colectiva de Cotocollao desde las voces de las propias actoras y actores, que desde los cotidianos territorios del vivir han hecho lo que hoy es Cotocollao.

Para ello se realizaron documentales que recogían “historias desde la vida” y la palabra de la gente, y luego en las veladas que se hicieron en las calles del barrio a las que asistieron todos sus moradores, niñas, niños, jóvenes, mujeres, hombres y por supuesto las abuelas y abuelos, para hablarnos de la sabiduría de lo vivido, y enseñarnos las lecciones que nos deja el pasado para el vivir el presente; veladas para que su sabia palabra pueda encontrarse además con artistas, músicos, poetas, danzarines; en las veladas se proyectaba los videos y era muy hermoso cómo se reactivaba la memoria de la gente que asistía, como se reconocía en la palabra de sus mayores.

La idea del colectivo era mostrar que debían construirse espacios para volver a tejer relaciones de amistad, vecindad y solidaridad, hoy cuando la ciudad está amenazada por el miedo y la gente se reúne solo para hablar de la inseguridad y de cómo enfrentarla. Se buscó abrir un espacio para que la gente se reúna para celebrar la vida, para que puedan dar nuevamente *luz y color a la memoria*, para que la gente del barrio pueda volver a recordar, es decir, a dejar pasar por el corazón lo vivido, a fin de que las y los jóvenes que asistieron redescubran facetas que no conocían de la vida de sus abuelas y abuelos, quienes a través de su palabra les estaban dejando la experiencia de su vivir y su luchar, como una hermosa herencia, como un bello patrimonio, a fin de que las nuevas generaciones luchen por su revitalización para así evitar que les gane el olvido, y puedan conociendo el pasado saber quiénes han sido, quiénes son, y cómo pueden seguir sintiendo, siendo, haciendo como dice el Pueblo Kitu Kara.

Corazonamientos para una gestión intercultural del patrimonio

Hay que trabajar la gestión y la activación patrimonial desde perspectivas interculturales, puesto que ese es el reto actual que tienen las sociedades y del que depende su pervivencia futura, la perspectiva de construcción de sociedades que se sustenten en el respeto y convivencia, pacífica solidaria y en la ternura con la diversidad y la diferencia.

Interculturalidad no significa la simple constatación cuantitativa de múltiples y diversas culturas, ni tampoco la mera co-existencia entre ellas, ni solo declarar su reconocimiento y tolerar la “insostenible diferencia del otro”, o de esencializar identidades como busca el multiculturalismo. La interculturalidad al contrario construye puentes, articulaciones sociales de sentido, implica relaciones, interacciones, conflictos, negociaciones, encuentros dialogales, construcción de distintas formas de alteridad, pero con contenidos políticos, lo que significa que tiene en claro la cuestión del poder y su ejercicio, así como de su impugnación. La interculturalidad es, por lo tanto, una tarea política, un proceso a ser construido.

Si la interculturalidad es una tarea política, *interculturalizar* la actividad patrimonial también lo es y eso implica un claro compromiso ético y político, puesto que se trata de tomar posicionamiento, entre trabajar o, por un patrimonio necrofilizado que sigue priorizando los objetos sobre los seres humanos y que siga exotizando y convirtiendo en atractivos folklóricos pueblos y culturas, o verlo desde enfoques holísticos y sistémicos —desde dimensiones sociales y políticas y perspectivas interculturales.

Si trabajamos el patrimonio desde un horizonte intercultural, sentimos que este debería aportar al proceso de lucha por la decolonización económica, social, cultural de nuestros pueblos y de la cultura, la diversidad y la diferencia coloniales; contribuir a los procesos de revitalización de su identidad cultural; a su autogestión económica y a definir desde su propia cosmoexistencia, el modo más adecuado para hacerlo; debe contribuir a su autonomía política; a la defensa de sus derechos territoriales; a la preservación y conservación del medio ambiente; defender su derecho a ser reconocidos, valorados y respetados en su diversidad y diferencia; contribuir a la revitalización de sus conocimientos, prácticas y saberes, como forma



de combatir la colonialidad⁸ del saber y del poder y abrir espacio para ampliar un diálogo de seres, saberes, afectividades, decires, experiencias de vida respetuoso y que nos nutra como humanidad.

Una cuestión que corazonamos es estratégica al trabajar desde perspectivas interculturales, es que este debe aportar al fortalecimiento de los procesos organizativos comunitarios y a la reafirmación de su poder interno, a la ampliación de su acción movilizadora, a su construcción como sujetos políticos, históricos y cósmicos, al fortalecimiento de su conciencia histórica y de su memoria colectiva; contribuir a abrir espacios para empezar a *interculturalizar* las relaciones sociales, políticas, económicas, culturales; en definitiva aportar para *interculturalizar* distintas relaciones de alteridad sin dominación ni hegemonía.

Hay que superar la visión necrofilizante que ha instrumentalizado el Estado sobre la política cultural, la misma que se ha caracterizado por priorizar lo que se podría llamar mecenazgo cultural, mediante el auspicio y apoyo a la cultura elitista y letrada y que prioriza, como antes decíamos, los monumentos, edificios, cosas muertas sobre los seres humanos vivos que le dan sentido; esta mirada instrumental se expresa también en la administración del patrimonio cultural desde la noción del rescate de los valores culturales, gestión de museos, restauración de la arquitectura colonial urbana, declaración de parques nacionales y áreas protegidas y, a la folklorización de las manifestaciones de las culturas de tradición. Esta visión de la política cultural, se sustenta en un contenido cognitivo de la cultura que ha resultado ser elitista y excluyente pues solo privilegió el apoyo a las

8 La colonialidad hace referencia a una matriz colonial imperial de poder que se encuentra vigente desde la conquista, y aún después de la superación del colonialismo, que se revitaliza con la supuesta independencia y la creación de los Estados nacionales y se recrea en tiempos de globalización. La colonialidad continúa operando en tres niveles claves: la colonialidad del poder para el control de la economía, la política, la cultura, la naturaleza y la vida; la colonialidad del saber que opera a nivel epistémico, filosófico, científico, para la subalternización de las lenguas y los conocimientos; y la colonialidad del ser para el dominio de la sexualidad, de las subjetividades, de las sensibilidades, de los imaginarios y los cuerpos, de la alteridad y de la memoria; dimensiones que operan no separadas sino interrelacionadas a fin de lograr el control absoluto de la vida.

manifestaciones artísticas, literarias e intelectuales de las élites, y discriminó, excluyó, racializó y marginó, a la diversidad de actores sociales subalternizados y a sus prácticas culturales.

Hay que mirar al patrimonio como la posibilidad de construcción identitaria pero desde una dimensión política, puesto que el patrimonio puede también ser un instrumento para enfrentar el poder, para aportar a diseñar políticas que impulsen procesos de descentralización, como una oportunidad para refundar una nación distinta y que le dispute sentido a la nación hegemónica de las élites y su carácter centralista, homogeneizante y monocultural en el que actualmente se sostiene; para levantar una nación que se nutra del potencial político insurgente de la diversidad, pluralidad y diferencia; por ello es necesario, empezar a hablar de las culturas, identidades, memorias, y los patrimonios diversos que habitan nuestra nación plural que tenga como horizonte la plurinacionalidad y la interculturalidad.

Hay que impulsar procesos de *revitalización* de la cultura y deconstruir la visión folklórica, exótica e ideologizada del *rescate* y la *regeneración* cultural y patrimonial que se reproduce en las políticas del Estado y los organismos privados que trabajan procesos de gestión cultural. La noción de rescate cultural ha conducido y reducido la cultura a expresiones meramente folklóricas y exotizantes. El rescate cultural tiene un imaginario paternalista, asistencialista, salvacionista de la cultura, pues siempre ha sido un hecho externo, colonizador, que se lo hace desde la autoridad, del experto o el rescatador que son quienes vienen a salvar culturas que consideran están muriendo. Por lo tanto, el rescate siempre se lo hace desde afuera de las comunidades y sin respetar ni dialogar con las cosmoexistencias que las hicieron posible. En el rescate cultural, la comunidad no tiene sino un mero rol de objeto pasivo, de mero informante, lo que contribuye a su alienación y dependencia, pues no se la ve, como el sujeto histórico capaz de encargarse de la gestión de sus propios patrimonios culturales y naturales, por ello el rescate cultural tiene un sentido colonial y colonizador.

Desde una mirada más política, comprendemos que la cultura siempre ha sido esa fuerza que le ha permitido a ser humano y a las sociedades impulsar sus luchas por la reafirmación de la vida. Para no tener duda de ello, solo deberíamos preguntarnos ¿en donde está la fuerza que les ha posibilitado a los pueblos sometidos a la



dominación, la expoliación y la muerte seguir por siglos, resistiendo, reexistiendo e insurgiendo desde atrás del tiempo y seguir hablando con palabra propia?, esa fuerza está en la cultura, y la espiritualidad. En consecuencia, la revitalización cultural, como su nombre lo señala, no implica dar vida a algo que está muerto, sino por el contrario, es sentir el potencial transformador vital que la cultura tiene; saber que esta nos ofrece referentes de sentido, significantes, significados y significaciones para el vivir, de ahí que la cultura es una respuesta insurgente, una energía creadora de vida y para transformarla; es por ello que la revitalización tiene una dimensión política liberadora, pues al revitalizar la cultura, la comunidad las y los actores sociales comunitarios, muestran la fuerza de su agencia, definen sus propios procesos y que es lo que debe ser revitalizado, de esa forma se reafirman como sujetos sociales, políticos, históricos y cósmicos, pues quien revitaliza la cultura lo hace desde las dimensiones profundas de su memoria colectiva, de su espiritualidad y sabiduría, acrecentando el acumulado social de su existencia, que le permite reafirmar los propios recursos culturales que han sido capaces de construirse como pueblo; por eso la revitalización se vuelve un ejercicio político liberador (Guerrero, 2003, p. 72).

En un momento como el que vivimos en que la corrupción gangrena todo el cuerpo social, se hace necesario la recuperación del horizonte ético, es necesario sentir que la transformación de la sociedad no pasa por alcanzar grandes cifras económicas, pasa por una revolución de los valores, una revolución del *ethos* marcada por el faro de la ternura, no es posible que podamos construir sociedades diferentes sino tenemos al “otro” como referente para cualquier horizonte de vida.

Por ello, la revitalización del patrimonio puede abrir espacios además, para la revitalización conjunta de valores, de dimensiones éticas, a partir no solo de la legislación de medidas punitivas que regulan el control de la fuga de bienes patrimoniales, como la Ley de Patrimonio actual plantea, sino para construir una memoria colectiva viva diferente entre las niñas y los niños, para que se sientan orgullosos de ser parte de un pasado, de una herencia histórica que no está en la razón colonial, sino que tiene un acumulado de más de 10 000 años de historia sobre el cual se sostiene nuestro presente y sobre cuya base se construyen y reconstruyen las nuevas identidades

sociales, por ello hay que reivindicar el patrimonio como un derecho social, como un derecho colectivo.

La revitalización, la preservación, la gestión del patrimonio cultural y natural, requieren necesariamente de encuentros interdisciplinarios, pero que tomen en consideración no sólo el valor material de las edificaciones, ni lo reduzcan a los museos y los monumentos arqueológicos, sino que es necesario empezar a considerar los espacios de la cotidianidad, los diversos escenarios donde distintas actoras y actores sociales tejen las tramas de significados y significaciones que configuran el sentido de su ser y estar en el mundo y en la vida. Hay que considerar por ello en el trabajo patrimonial, las demandas sociales encaminadas a trabajar en la búsqueda del Sumak Kawsay, como horizonte para concretar transformaciones civilizatorias, de la conciencia, de la vida y del vivir.

Hay que hacer que los instrumentos de gestión, procesos de más amplia participación de las diversas actoras y actores sociales en la gestión del patrimonio cultural y natural, puesto que este constituye ante todo un derecho social, que debe mirarse sin exclusiones. Una política cultural no puede hacerse al margen de la sociedad, de las y los actores sociales que la construyen y de los procesos y horizontes políticos e históricos que con sus luchas impulsan. De ahí que una pregunta que debemos hacernos constantemente, es ¿qué tipo de sujeto estamos aportando a construir con nuestras acciones?; por ello hay que abrir espacios de participación más activas y políticas de las actoras y actores comunitarios, en la perspectiva de la construcción de subjetividades políticas otras, de subjetividades insurgentes.

Debemos tomar conciencia de que el patrimonio es un recurso escaso, extremadamente frágil y no renovable, por ello debe haber una clara conciencia ética sobre su recuperación, revitalización, y su conservación, evitando que un uso inadecuado o degradante conduzca al abuso y destrucción del mismo. Hay que ver la importancia vital del patrimonio y el turismo, pues no solo abren posibilidades para la construcción de referentes de identidad que toda sociedad requiere, sino que posibilitan perspectivas para la generación de mejores opciones de vida para las comunidades que trabajan en ello. Pero no debemos olvidar que la utilidad del patrimonio y del turismo no debe medirse únicamente en función de la rentabilidad económica y la articulación al mercado, puesto que estaríamos actuando dentro de la moralidad del egoísmo racional propia del capital.



No hay que olvidar que el patrimonio y la actividad turística implican también otro tipo de valores, no sólo de índole material, sino también ambiental y sobre todo espiritual, que son necesarios para un desarrollo integral del ser humano, ahí estaremos actuando en perspectiva de una moralidad insurgente anticapitalista.

La gestión del patrimonio cultural y del turismo, pueden abrir procesos de *glocalización*, es decir aquellos que consideran las interrelaciones entre lo global y lo local, para que podamos articularnos al mundo con corazón, rostro y palabra propia, pero eso implica primero, la revitalización y fortalecimiento de nuestras identidades y culturas, de la potencialidad insurgente de nuestras diversidades y diferencias, solo así seremos capaces de pensar globalmente y actuar localmente.

La gestión del patrimonio cultural y natural, pueden abrir espacios de diálogo de seres, saberes, y sensibilidades, levantar puentes para materializar verdaderos encuentros interculturales con equidad y respeto de la diferencia, generar diálogos entre la tradición y la modernidad, hay que romper el imaginario equivocado de que hablar de patrimonio es solo hablar del pasado y quedarse en un tiempo congelado y ahistórico, sino que es dar otro sentido a las dimensiones temporales y espaciales. Solo así podremos, por ejemplo, plantearnos diseños urbanos diferentes, que no solo se encasillen en frías consideraciones técnicas que impone la modernidad, y reproducen y legitiman la razón colonial dominante.

Así pues, los planificadores se limitan solo a trasplantar, a copiar sin ningún sentido crítico, modelos importados de realidades extrañas, ajenas a nuestras cosmoexistencias y matrices culturales, con imaginarios, símbolos, sensibilidades y formas de vivir la vida totalmente diferentes; no podemos seguir construyendo nuestras ciudades como simple reflejo, como copias mal hechas de las grandes metrópolis y así legitimar el proceso colonial-imperial de Miami-zación de la vida; debemos construir ciudades con rostro y corazón propios, que muestren la fuerza de nuestras identidades y la potencialidad de nuestras culturas, en las que se reflejen la multiétnica del tiempo, pero que evidencien la carga histórica que hemos heredado del pasado para poder andar los tiempos nuevos y que es lo que constituye nuestro verdadero patrimonio.

Hay que salvar a las ciudades de la frialdad que quiere darles la modernidad, ciudades pensadas solo en función de las nece-

sidades del capital y el mercado, que dan más importancia a las máquinas, a los autos que los recorren, que a los seres humanos que las habitan; hay que construir ciudades con corazón, con calor humano, que encarnen nuestros sueños, nuestros dolores, nuestros problemas, nuestras esperanzas, pues hoy también los valores y la afectividad están ausentes de los espacios urbanos y el paisaje y nos hemos olvidado que también las ciudades, el campo, los pueblos tienen corazón, pues en ellos palpitan los valores, el espíritu de los seres humanos que las levantaron, que las habitan, que son quienes diariamente tejen allí, la sagrada trama de la vida.

El patrimonio puede abrir espacios desde otros horizontes éticos, estéticos, políticos, para poder plantearnos distintos horizontes para mirar el pasado, el presente y la construcción del futuro, para corazonar otras formas de pensar, sentir, vivir, ser, significar, en definitiva, para sembrar desde el corazón, una diferente ética, estética y erótica de la existencia.

Un último corazonar

Los que trabajamos en la siembra de la interculturalidad, de la cultura, la identidad y la memoria somos como esos viejos sembradores de dátiles. Al respecto es muy ilustrativo este sencillo y bello relato:

Había un anciano que estaba sembrando en el desierto. Junto a él pasa un viajero que le pregunta acerca de lo que hace. Él anciano le responde que está sembrando dátiles. El viajero le interroga acerca de su edad. El abuelo sembrador contesta que tiene más de noventa años. El viajero le dice que no quiere ser irrespetuoso pero que a su edad ya está próximo a caminar por las estrellas y que por lo mismo está perdiendo su tiempo, que su trabajo resulta improductivo, pues no va a alcanzar a ver ni disfrutar de los dátiles que ahora siembra, ya que éstos se cosechan solo después de cincuenta años después de haber sido sembrados. El anciano al escuchar esta respuesta, le dice con profunda sabiduría, que es muy triste y egoísta que piense de esa manera, ya que si fuera así, él no habría podido comer los dátiles que sembraron sus antepasados, y que emulando ese ejemplo, él está trabajando, sembrando semillas para que fructifiquen en los tiempos que vendrán.

Corazonando desde la sabiduría que nos deja este relato, podemos decir que lo hermoso de las luchas por la vida, es sentir que

estamos luchando por mundos que sabemos que no vamos a mirar, pero que nos anima la terca esperanza de que van a llegar, por ello es importante mirar hacia atrás, construir memoria para caminar hacia adelante, pues la memoria trae la luz desde el pasado para iluminar el presente y soñar el futuro. No es posible construir el futuro si no se tiene conciencia del pasado. Mirar hacia atrás nos permite reflexionar acerca de nuestros aciertos y errores.

La memoria es un territorio en el que habitan recuerdos y olvidos, que nos habla no solo del pasado, sino que también nos anuncia la esperanza, es un horizonte para la construcción de las utopías posibles como la interculturalidad o el Sumak Kawsay; la memoria, es también una fuerza política insurgente, para poder *corazonar la vida*; esto ya lo sabían nuestra Mamas sabias, lideresas y espirituales y políticas como Mama Dulu y Mama Tránsito, que con sus luchas, sembraron las semillas de la interculturalidad y el Sumak Kawsay que están empezando a florecer como horizontes para la transformación civilizatoria y de la existencia que nos han dejado como herencia, como patrimonio vital que debemos encarnar; de ahí que Mama Tránsito Amaguaña nos decía desde su poética y sabia palabra: “Después de mi tiempo, otro tiempo vendrá y ustedes cogerán leña de otro tiempo”; igualmente, la espiritualidad insurgente de Mama Dolores Caguango nos dejaría esta bella y poética herencia: “Somos como la paja del cerro que se arranca y vuelve a crecer y de paja de cerro, sembraremos el mundo”.

Finalmente, para concluir este transitar por los senderos de las memorias vivas, pedimos permiso para compartir este trabajo resultado de las veladas con las abuelas y abuelos de Cotocollao a fin de ir dando luz y color a la memoria, allí nació este sanjuanito, que busca corazonar desde la fuerza de la poética de la música, lo que sentimos que la memoria significa, y que es también una forma de agradecerles cantando desde el corazón a las abuelas y abuelos, por habernos compartido su sabiduría y por todo lo que esta nos ha enseñado.

Dando luz y color a la memoria

Desde la palabra, de abuelas y abuelos,
hoy nuestra memoria, ha levantado el vuelo
porque si queremos, construir otra historia
debemos dar luz y color a la memoria.

En nuestra palabra, hoy danza la alegría
pues hablamos de cómo, hemos tejido vida.
Casas, árboles, plazas, conversan nuestra historia
las piedras de estas calles, son lugares de memoria.

Los recuerdos y olvidos, de la espiral del tiempo
se caminan mejor, desde el sentimiento
la memoria nos habla, con amor y emoción
pues solo se recuerda desde el corazón.

Transitar la memoria, es ir por dos caminos
es andar los recuerdos, y también los olvidos
a veces ese viaje, nos causa un gran temor
pues también allí habitan, la muerte y el dolor.

Nuestra memoria está, llena de cicatrices
que hay que saber leer, para hallar nuestras raíces
en la memoria habitan, todas nuestras vivencias,
es el acumulado, social de la existencia.

Jóvenes, niñas y niños, para encender sus sueños
aprendan de las arrugas, de abuelas y abuelos.
Escuchen su palabra, con ternura y alegría
pues son memorias vivas, de gran sabiduría.

La memoria no es, signo muerto del pasado
sino que es el presente, del vivir acumulado
en el presente habitan, todos los pasados
es allí donde se forjan, los futuros soñados.

Para que el poder, no usurpe nuestra historia
debemos dar luz y color a la memoria



la memoria es raíz, de identidad e historia
sin memoria no hay cultura, sin cultura no hay memoria.

Con la fuerza vital, del pueblo y su palabra
luchando con corazón, otra vida se labra
más luz y color, a la memoria hay que dar
pues esa es otra forma, de corazonar.

Bibliografía

- Guerrero Arias, P. (2002). *La cultura: Estrategias conceptuales para comprender la identidad, la diversidad, la alteridad y la diferencia*. Quito: Abya-Yala.
- ____ (2010). *Corazonar una antropología comprometida con la vida: Nuevas miradas desde Abya Yala para la descolonización del poder del saber y del ser*. Quito: Abya-Yala.
- ____ (2008). *Notas para una guía teórica y metodológica sobre cultura, identidad, interculturalidad, patrimonio y turismo comunitario*. Quito: Federación Plurinacional de Turismo Comunitario del Ecuador FEPTCE.
- ____ (2004a). Ética, patrimonio y turismo. En: *Ética para todos: Construir una sociedad mejor desde el ejercicio profesional*. En: ROLDOS, León (coordinador). Quito: Ariel.
- ____ (2004b). *Usurpación simbólica, identidad y poder*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional, Abya-Yala.
- Prats, L. (1997). *Antropología y patrimonio*. España: Ariel antropología.
- Kingman, E. (2004). Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura. *Iconos, 20*. Quito: FLACSO.
- Vázquez, F. (2001). El discurso sobre la memoria y la memoria como discurso. En *La memoria como acción social*. Barcelona: Paidós.